105775

Occidente Nº 232. Santiago. Noviembre de 1971.

En busca de Marta Brunet

por Luis Merino Reyes

Hace algunos años, cuando Marta Brunet partía o llegaba de Chile, la saludamos con estas palabras: "Ha escrito Guillermo de Torre, prologuista de una edición de *Montaña adentro, Bestia dañina* y *María Rosa flor de quillén:* "Ahora bien, negar que exista una "literatura femenina" (pues la que usufructúa este nombre en los catálogos y magazines es un mero subproducto industrial), rechazar esta parcelación genérica no significa negar la sensibilidad femenina. Todo lo contrario: tiende a potenciarla con mayor claridad. Tiende a afirmar y exaltar la existencia de un universo femenino hecho —artísticamente— de matices e insinuaciones, tejido por sutiles fibras y blandos copos atmosféricos, que sólo una sensibilidad de mujer sabe captar exactamente y transformar en materia lírica, plástica o novelesca. La intromisión masculina en zonas tan delicadas, susceptibles de evaporarse ante cualquier contacto rudo o directo, parecerá siempre una superchería, cuando no algo peor".

"La glosa bastante propia de un español recae en algo que nos ha hecho meditar con frecuencia. ¿Hasta dónde el varón cuando escribe es capaz de interpretar el alma de una mujer y viceversa? Los relatos femeninos de primera mano no son suficientes; es cierto que en la remembranza hay otra sensibilidad que se pone en acción; pero es necesario que el sueño o la anécdota sean recreados para alcanzar su vida artística. Flaubert transcribió numerosos sueños de muchachas para escribir una cuartilla de la arribista y snob Ema Bovary. Y en este caso, la sensibilidad del escritor, hombre o mujer, está más allá de una diferenciación sexual. *La Romana,* de Moravia, es una novela escrita por un varón, en primera persona, y es una confidencia de inconfundible carácter femenino. ¿Qué madre poetisa con numerosos hijos a la rastra, habría sido capaz de escribir los poemas maternales de Gabriela Mistral? Sin embargo, en el plano de la relación erótica hay una literatura de hombres y mujeres, una infidencia llevada al plano artístico, con sentido genérico. Los lectores más sensibles que leen una y otra forma de expresión, reconocen la justeza del hallazgo, la limpidez de la vivencia. Es lo que sucede con Marta Brunet, escritora chillaneja, hoy en plena gloria y majestad, de obra exigua pero redonda, creadora de un criollismo o personalismo, de un paisaje humanizado, captable desde su primera novela *Montaña adentro,* publicada en 1923, y que tuvo la virtud de situarla, con perfil propio, en nuestra literatura. Pero encierra su complejidad esta escritora de apariencia sencilla que pretende vitalizar sus personajes, por la precisión de un lenguaje aparentemente deshuesado y localista. Posee, en primer término, una capacidad innata a fin de planificar sus elementos: los hombres, el paisaje, las bestias. Todo actúa y se enlaza, sin eclipsarse ni trabarse como en una ajustada sinfonía. En seguida, hay un fondo de ternura, un aprecio desembozado por los actos nobles y una cólera muy femenina, en este caso, por las felonías, por la arbitraria brutalidad".

En 1961, Marta Brunet obtuvo el Premio Nacional de Literatura, la conocíamos un poco más, habíamos estado en su casa, la habíamos visto jugar con un bello oso de felpa, accionado a cuerda, nos seducía su voz, la amenidad fulgurante de sus relatos orales. Era una escritora, mejor dicho una narradora, natural, espontánea, semejante a una soprano que cantara las más afinadas arias con la voz impostada, sencillamente porque había nacido así. Una vez nos describió al escritor francés André Malraux quien estuvo de paso en Chile. Malraux es un hombre nervioso y violento, conocíamos de él otras anécdotas, pero esta vez Marta Brunet se convertía en una comadre chilena para describirlo. La cara de Malraux estaba accionada por los tics nerviosos, sus dedos se movían como si destruyeran minuciosamente pequeños objetos. A poco de hablar con él nuestra novelista hacía los mismos gestos, fruncía con igual rapidez sus labios. Era un retrato portentoso, inimitable. En otra ocasión estuvimos con ella en Mendoza, se trataba de un Congreso de Escritores Argentinos, con invitados chilenos, uruguayos y paraguayos. Ricardo Latchman y

Marta Brunet alzaron la voz donosamente por Chile. Nuestra escritora habló sin papel en mano con la autoridad que le daba conocer profundamente Argentina, después de haber servido a nuestra embajada en aquel país, desde 1939 hasta 1952, fecha en que fue despojada de su cargo, debido a esas gracias bárbaras que se hacen periódicamente en Chile.

Entonces, con motivo de su Premio, dijimos: "Después de escribir numerosas crónicas acerca de Marta Brunet, de aludir a un origen asturiano y catalán; de situarla en su infancia como hija única, en su condición de muchacha que no asistió al colegio, como escritora chillaneja, a pesar de que nunca hemos dado importancia al punto geográfico donde nacen los artistas; de referirnos al gracejo inimitable con que hila sus diálogos, a la firme estructura de sus cuentos y novelas, a ese dramatismo interno que parece brotar de su entraña misma, de su condición de mujer expresándose, en medio de la dicha y de los terrores de la Tierra, hemos quedado con la sensación de no haber acertado plenamente, de haber resultado exiguos, sin aptitud para abarcar con justeza y sensibilidad, una vida y una obra. Es que acaso y a pesar de que el arte está sujeto a una vigilancia intelectiva, de improviso dañan las formulaciones y conceptos.

"Pero hace unos días, una situación imprevista nos colocó junto a Marta Brunet en una feria pública de sus libros, bajo las frondas todavía lavadas de la primavera, en el Parque Forestal, próximos a las susurrantes riberas del río Mapocho. La escritora estaba satisfecha y espléndida. Chile le había otorgado eso que sin ser todo en la creación literaria, significa un estímulo poderoso; se le había concedido, por un jurado de prestigio, el Premio Nacional de Literatura, nuestra máxima distinción a una vida consagrada al ejercicio de las letras. Y —¡oh suprema gracia!— la coronada autora había recuperado, en Barcelona, la vista; sus ojos, extenuados centinelas en vigilias y soledades que probablemente sólo ella conocía, estaban diáfanos y alegres. Entonces se había desatado en torno suyo, la satisfacción entrañable que produce en las mentes limpias, el triunfo ajeno, la curiosa urgencia de ver y palpar a un ser que se ha situado más allá de su encarnadura perecedera, sin otra guía que su intuición artística.

"En aquella feria junto al río —en medio de pintores, escultores, ceramistas, talladores pascuenses, prosistas y poetas—, entre personalidades diferenciadas y sujetos de la multitud, la gran escritora, la radiante mujer, mostraba en vivo la entera realidad de su mito. Probaba que la literatura, digan cuanto digan los estadísticos y eruditos, no es más que una débil memoria humana, una conservación tenue, pero fiel, que permite al autor de un madrigal traspasar las pesadas dunas de las edades y que deja permaneciendo en la frescura de su sonido el canto cuya húmeda garganta no es más que una partícula de polvo o nada, en la inmensidad del tiempo ido. El junco y la golondrina prevalecen más que la frente dura de la estatua, dijo García Lorca.

Una masa renovada de hombres y mujeres anhelaba ver a la autora, una pequeña le llevaba un clavel con su manecita audaz y temblorosa; un hombre maduro, padre de vasta prole, le recordaba los años en que él mismo cantara, con otros niños, junto a ella en una radio; un provinciano, venido especialmente de las lluviosas tierras australes, le pedía audiencia para leerle unos versos inéditos, alguien la urgía, buscándole con el labio su oído, por un método para mejorar de los ojos, etc. Todo un símbolo vivo estaba en movimiento, la incorpórea y a la vez humana matriarca vivía de su magia, la hechicera anotaba su signo cabalístico en la página blanca de un libro impreso con palabras que ella misma había escrito. Entonces pensamos, una vez más, en lo arduo que es sistematizar la poesía y la prosa y en que el arte se asienta en la conducta emocional más permanente y antigua del hombre. Marta Brunet, en ese momento inasible de la feria chilena, a la orilla misma del río Mapocho, veía afluir hacia ella esa zona viva y misteriosa de la literatura que viene del ser vivo lector, único destinatario de la letra escrita, y que acude al ser vivo creador, guiado por sus estrellas desconocidas, reconstituyendo, sin saberlo, ese otro sacudimiento de emoción y prodigio que exaltó al prosista o al poeta cuando escribían en el silencio de un gabinete, liberados por un momento de todas las urgencias de la vida y asidos, al mismo tiempo, a los nervios más finos y fundamentales, en el ávido deseo de interpretarla.

"Estábamos junto a una Marta a secas, como los "don" y las "doñas" que el pueblo, movido por su instinto irrenunciable, reconoce; frente a mujeres que aguardaban inmóviles y en silencio, como en la antesala de una adivina, para recibir el sortilegio de una frase dedicada, escrita por la fabuladora misma, en ese mismo instante".

Pero ahora este recuerdo tiene un carácter distinto. Hoy, 27 de octubre de 1971, se cumplen cuatro años desde que la prodigiosa fabuladora, la inimitable comadre que hacía hablar por igual a los viejos y a los niños, a los demonios y a los ángeles, ha muerto. Cesó de fabular y contar segundos antes de que sus manos se enfriaran y la luz sólo rebotara en su mirada insensible. El poeta Julio Moncada, residente en Montevideo, la vio caer en plena tarea, en la modulación de una palabra que no alcanzó a rematar, en un acto público relacionado con su trabajo de toda la vida: la cultura, la expresión humana buscando el sorprendente goce y la belleza.

Por primera vez escribimos sin que esta curiosa muchacha chillaneja recoja directa o indirectamente, el sonido de nuestras palabras. Y sucede que de nuevo nuestra expresión nos resulta insuficiente. Hemos buscado para compensar esta impotencia, una carta que nos escribió la autora desde París, recién salida del largo sufrimiento de la operación a la vista que le efectuaron en España, incorporada al prodigio visual de un mundo que ella tanto amaba. Queremos terminar la semblanza de Marta Brunet con sus propias palabras; es tal vez la única manera que tenemos de aproximarnos eficazmente a su persona, que ya no existe y cuya mejor gracia quedó estampada en sus libros, en sus creaturas literarias para los cuales ella vivió leal y tesoneramente hasta el fin. Pero hay más cosas en los cielos y en la tierra de las que caben en nuestra filosofía y de ellas dará prueba este testimonio directo, escrito con letra perfilada y clara, como dibujada graciosamente sobre la carilla de papel. Aquella carta dice así:

"Enero 19, en París, gris cerrado de neblina.

Querido amigo: sí, nadie me lo ha dicho, pero bien sé que tú, como tanto otro amigo y amiga, estás resentido con mi silencio epistolar. Nadie puede imaginar lo feliz que estoy al llegarme noticias cordiales de gentes que bien me quieren. Y con qué diligencia les contesto "in mente". Convencida de que esta contestación les llega por orden mágico. La verdad es que no me gusta escribir cartas. Siempre tengo miedo de que resulten amaneradas, literarias a la violeta, algo así como para ser leída en melopea. Y a fuerza de no querer caer en eso, termino por una redacción telegráfica. Puede que esto te lo haya dicho anteriormente. Siempre estoy explicando el por qué no escribo. Y bien: recibí tu carta. Gracias. No sé aún cuándo será mi regreso. Por ahora continúo un famoso tratamiento de seis meses recetado por los Barraquer. Nueve medicinas y una inyección diaria. Demasiado para quien, como yo, detesta las medicinas y considera falta de respeto que le claven las nalgas. Pero, como don Arturo, no tengo más que someterme, pensando melancólicamente y añorándola, en la Pomada de la Viuda, el bálsamo tranquilo y los Parches Porosos, tan de mi tradición campesina. El caso es que en el mes venidero termino estos seis meses de embarazo y en marzo estaré en Barcelona para saber el resultado. Espero que me den los Barraquer un alta definitiva. Entonces podré fijar fecha a mi regreso, que será por mar, vía Panamá. Por lo que, en ningún caso, estaré ahí para las próximas elecciones. Dime qué debo hacer. La verdad es que se debió —como privadamente lo consulté con ustedes— presentar mi renuncia a la presidencia, que tú la tomaras en propiedad y ser yo un Director ausente y punto. A estas alturas no sé cómo se puede hablar. ¿Dejar como están las cosas? ¿Mandar mi renuncia? Dime lo que te parezca mejor. Tengo mucha fe en tu buen criterio. Desde luego: no deseo figurar en lista para las nuevas elecciones. Yo regreso a Chile por un corto tiempo y salgo en gira de conferencias y cursillos por una temporada que puede ser de cuatro meses. No es correcto aceptar a sabiendas algo que no se puede realizar. Harto mal de conciencia padezco con estas presidencias que tengo en el nombre y por las cuales nada he hecho. Espero tus noticias sobre este asunto. Pensando en el porqué no insistí en que la Sociedad de Escritores, el Pen Club y el Comité de Bibliotecas del Instituto Norteamericano, aceptaran mi renuncia a presidirlos,

saco el resultado de que mi fe en la operación no era mucha. Sumas y restas: ver un poquito y regreso inmediato. Realidad: buena visión con un ojito y fotocoagulación y seis meses de tratamientos para mejorar el otro (que sigue casi igual). Y aquí estoy. Vivo modestísimamente en un hotelito cercano a la Torre Eiffel, troto por París llena de encantamiento, veo museos y exposiciones. Voy a las matinés que son baratas. Y en suma: llevo una vida solitaria que en el fondo me agrada. Leo muy poco y escribo nada. Esto de ver es tarea muy absorbente. La lectura no me agrada. Me habitué a lo auditivo. Tendré que pasar por un noviciado para volver a tomarle sentido a lo visual. Y no tengo nada que escribir. ¿Viste las Aleluyas? Dije que te las mandaran. Si no lo han hecho: pídeselas a Castro. Quedaron graciosas y creo que la chiquillería las hará suyas fácilmente. Cree que te recuerdo. Que los recuerdo a todos, con más o menos afecto. Algunos sin afecto. Como recuerdo: sin gloria ni pena. Y que a veces felicito a mis manos por no tener que vérselas con la campanilla... Entre los que recuerdo con afecto y muy sincero estás tú. Cree en tu vieja amiga. MARTA. ¿Recibiste una tarjeta de Pascua dirigida a ti y destinada a todo el directorio, llevándoles mis buenos deseos de cosas lindas?".

(De la Pág. 35)

miento, en una especie de consecuencia que quiere operar sobre el desavenido momento que va conociendo.

La importancia que ya adquiere entonces la obra de Nicanor Parra se exhibe en este cambio. La poesía ha desplazado el conocimiento del plano puro de las imágenes, lo saca de su recinto imaginario, del azar razonable e inofensivo para restaurarlo en la tierra, en la mano del hombre y constituirla no en la realidad de otra realidad sino en ella propiamente tal, puesto que ha podido echar a un lado sus recubrimientos.

La suerte del poeta está echada: es un restaurador de las esencias que pueblan el mundo tomadas, directamente, de las experiencias que le da su testimonio de la problemática que significa la certeza de vivir.

La obra de Nicanor Parra contrasta entonces dentro del decurso histórico de la poesía chilena contemporánea, dos momentos importantes: el de la realización del barroco, en que se pone en juego todo el genio de una generación extraordinaria y aquella otra etapa que podría comenzar con él. La poesía chilena, al parecer, ha encontrado otro gran modo de patentizar su mundo, una nueva pertenencia que encierra en sí la suerte de un instrumento liberador, modo que constituye el más auténtico decir poético que haya sido dable contemplar después del período metafísico de Neruda y el creacionismo de Huidobro.

Frente al panorama desigual, a veces incoloro dentro de la búsqueda, que tampoco dejaba de ser interesante, que venían evidenciando las nuevas tendencias de la poesía en nuestro país, tendencias aún no estudiadas ni clarificadas por estar todavía en estado de realización la obra poética de Nicanor Parra, en una apreciación de conjunto, ofrece una actitud que es preciso distinguir de cualquier otra.

Es necesario dejar en claro, a mi juicio, esta parte del asunto. El hecho de que esta poesía contenga gérmenes especialísimos no es significativo, sólo es la distinción con otras poéticas, puesto que no tratamos sólo de establecer distingos entre individualidades, sino que posee una importancia mucho mayor. Es obvio que toda poesía es la expresión de su mundo, la acción y la responsabilidad de éste. Y nada será más fácil que diferenciar una poética de otra, un sentimentalismo de otro sentimentalismo, una sensibilidad ética de otra sensibilidad que la orille. Asimismo una actitud responsable de otra igualmente tal.

Nuestra intención es reiterar el hecho constatado de que la poética de Nicanor Parra es singularísima epocalmente y esto es significante porque ha sido capaz de situar su pertenencia justamente al lado contrario de las existentes, separada de las demás y en conflicto con ellas. Nada más claro, en consecuencia, para justificar un hecho perturbador que ha dispuesto de tan alta posibilidad de realización.

A. C.